



Sobre el uso de la expresión fascismo

En plena dictadura nos molestaba el uso de la expresión fascista para catalogar eso que vivíamos. En ese entonces lo que nos desagradaba era la ampulosidad con que los comunistas la usaban, la impunidad teórica de esa asignación y la conducta que avalaba su conjugación. Pasados tantos años, después de vivir un siglo, creo que había en nuestra molestia alguna inteligencia recóndita. Ya no creo que fascismo pertenezca a una denominación científica, y como tal, verdadera o falsa. Fascismo es una labor de *agitprop*. Contiene en su vientre, como un tro-yano lingüístico, la cuestión social, la política del siglo XX, sus grandes partidos de masas, el comunismo en toda su amplitud, la noción de capitalismo, el Diamat y la komintern.

Demasiadas cosas en una palabra.

Si no concuerdo con la definición comunista, tampoco creo que la de Trotski tenga alguna posibilidad de uso en la actualidad. Fascismo tiene que ver con comunismo no como la clásica interpretación que alude a una respuesta del capitalismo senil ante una oledad de comunismo, sino como un análisis político en el marco del comunismo, o de la interpretación marxista como una sociología basada en el materialismo histórico.

Como la gran vorágine de material analítico surgido de allí, se inscribe en una impronta idealista. Sigue pensando en un mundo social ajeno a las cuestiones naturales. El fascismo es sólo una respuesta social a un problema social. No hay combustibles fósiles ni agotamiento ecológico Europeo.

Ni la falta de espacio vital se entiende como una cuestión epistemológica. Porque los oponentes al fascismo sustentan y alientan un productivismo igualmente tóxico.

Latour desarrolló tres aspectos que exploran el presente en una perspectiva bien diferente y dejan de lado el marxismo:

- Propuso una sociología plana, Actor Network Theory (ANT), en que el investigador no pasa por niveles jerárquicos, ni considera infraestructuras con efecto determinante, “en última instancia”. Las distinciones de Latour están en los modos de existencia, no en pisos estructurales de la

sociedad. Hormiga significa moverse por un mismo plano, explorando las redes y explicando cómo es que algunas de ellas se transforman en punto de paso obligado, alcanzando un rol más relevante sobre otras, inmanente siempre, transitorio. Usó la expresión plasma para nominar aquello que al menos para mí, siempre permanece indeterminado, irreductible e incierto y que también me parece es la mayor parte del mundo que nos afecta.

- Rechazó la crítica, al modo que Nietzsche rechazaba la historia crítica. Yo diría que la crítica es demasiado moderna, pedantemente segura de sí misma, con respuestas preparadas, poco útil. Su manifiesto compositivista es el esfuerzo por re-describir, pacientemente, pero siendo más distante de la mirada común. Citando a Stengers, escribía: “la conciencia crítica admite muchas cosas sin criticarlas”.
- Rechazaba la expresión capitalismo. No sólo como modo de producción, sino como el nombre de algo sustancial, de un *loop* que que engendrara un orden regular.

Con todo, me parece que su reflexión tras la caída del muro de Berlín, aquella que dió origen a Nunca fuimos modernos, tiene pendiente una interpretación sobre el qué de ese espectáculo y del cómo fue que consiguió una audiencia tan masiva.

Febrero del 2000 en Cuernavaca produce quizás al mejor balance de esa caída. Barruntar que ya no hay más holoceno, que lo que ha caído no es sólo la división alemana, o la performatividad de la división socialismo/capitalismo, sino que ha terminado la fe en una recepción pasiva de la tierra a nuestros insultos.

Holoceno era un clima amable, acogedor y facilitador de las domesticaciones y crías, extracciones y terraformaciones.

Más, de pronto, el mar de Aral se retiró a otros aposentos, Chernobyl estalló, Minamata crispó las manos, Love Canal persistió, Seveso se incendió, Exxon Valdés encalló. El Holoceno abandonaba la escena, aprovechando la

distracción del fin del comunismo.

Es cierto que sensibilidades más finas ya habían considerado acabado el maltrato a la tierra. Hace más de 2000 años que voces lúcidas vienen advirtiéndolo que monoteísmo y guerra a los vivientes no tienen buen pronóstico. Es obvio que los tiempos están descoyuntados desde hace mucho. Pero sólo un hecho súbito y gigante podía conmover a las masas. Sobre todo si ocurría en el terreno de las piedras. De los cristales, del sílice. El siglo XX endurecido como el acero, armado como el hormigón, que sólo comprendía el ADN como una estructura, una doble hélice geométrica, según la imagen de Nature de 1953, quedó sorprendido de ver cómo una obra hecha para durar milenios, en piedra, se despedazaba en minutos.

Una crisis política hacía añicos el muro de mortero y la cortina de hierro. Todo lo fraguado, fundido, solidificado, se volvía polvo.

Era el agotamiento de los imperios, viviendo en fraternal guerra civil. Tanques, las verdaderas cabalgaduras del siglo XX, devinieron en autos. Se calzaron con látex vulcanizado para sustituir las herraduras, mostrando cómo la biología subyace al pretendido siglo XX de hierro. Los imperios agrícolas y del caballo, los imperios del carbón, el vapor y la electricidad, los imperios algo más fluidos del petróleo y el sílice.

En las colonias, contra la mineralidad, la biología ocupa la escena de modo más rudo. Si la bananera de Macondo podía mover un río, era porque seguía los rumbos vegetales del plátano. América es del café, del azúcar, monocultivos coloniales. La política de los frutos, de las semillas, del látex, de las hojas y las flores. Basta con sólo mirar un país colonial para constatar que la dureza es apenas un tránsito.

La caída del muro terminó no esa telenovela imperial llamada guerra fría, sino la creencia en el predominio de lo duro contra lo blando. El ADN actual es una macromolécula viva, de transcripción inversa, con el 98 % de codones no codificantes. Los muros se revisten de verde y hasta los extractivistas dicen aspirar a ser sustentables.

Sólo que olvidan que sustentabilidad es tomar la rueda de Ghandi, el bosque de Thoreau, los mushrooms de Ana Tsing, las flores murales de Morris, la Gaia de Lovelock-Margulis.

Fascismo fue de piedra: escalas, columnas, explanadas, chimeneas, galpones, moléculas cloradas como Zirkón gas. Fascismo fue edificios en vez de ecosistemas, estructuras cristalinas en vez de fluencias, replicas exactas en vez de variantes creadoras.

No veo condiciones para el fascismo. Ya no hay un mundo de masas que tolere una voz monofónica, monoteísta. Nuestras fragmentación tampoco es idílica, pero el hormigón se despedaza ante nuestros ojos. Los sistemas mostraron su no viabilidad. La ecología florece en las ruinas. Es lo único que florece.

Los torbellinos predominan. Lo descoyuntado. La precariedad moderna, imperial, la piedra y lo cristalino, el estado sólido, da paso a lo que escabulle, derrama, percola. Los gaseoso y lo líquido, el agua vaporosa en la superficie de los océanos, la atmósfera como clima.

Clima es impredecibilidad. Serres gustaba decir que podemos calcular con precisión el momento de un eclipse, pero no somos capaces de saber si lograremos verlo.

Este año nuevo, sabíamos la exactitud atómica de la hora de comienzo, pero no llegamos a saber si las marejadas permitirían que los fuegos de artificio sobrevivieran para ese momento.

La fluidez del agua atmósfera no está para fascismos. Conspira también contra la posibilidad de respuesta monolítica o aún menos, monotemática, a la misma crisis.

Esa es nuestra dificultad. Nuestra búsqueda de un camino, la misma palabra camino, piensa en piedras y terrones, estados sólidos. Hasta Deleuze quedó rasguñado en sus ideas por las máquinas. Los rizomas lo biologizaron un tanto, pero sólo un tanto.

Andar. Seminclinación biológica. Exploración al borde de la caída. Los vivientes nos inclinamos, hojas, ramas, bio-clinamen.

Y sin embargo, descartando el uso de fascismo, el presente no se vuelve menos difícil ni enredado.

Antropoceno con su perturbación extendida, produce la nostalgia de los tiempos del orden y del gran hermano o gran dictador o gran carismático, que logre resolver el problema de nuestro modo de vida.

Las amenazas a las voces disidentes, al pensamiento disidente, no son únicamente fascismo. Hoy en las formas democráticas hay severas limitaciones a una democracia sustantiva.

Llamar a esas formas fascistas no ayuda a entender ni a actuar. Ayuda a ignorar las raíces de nuestra crisis.

La vida en nuestro planeta ha sido una apuesta por la tierra/ecosistemas, solidaridad/heteropoiesis y democracia/ecología. El fascismo es una extrema y peculiar oposición a nuestra tríada afortunada. Pero son tristemente muchas más.

Yuri Carvajal, 20 de enero